

# APUNTES SOBRE LOS DIABLOS DE FIESTA EN CATALUÑA

BIENVE MOYA DOMENECH



Angeles de Colles de Diables del Penedés/Garraf

En nuestros días es difícil asistir a una celebración popular en Cataluña donde no aparezcan esos personajes, los «diables». ¿Pero cual es su peculiar historia y porque han adquirido tanta notoriedad?

## LA MASCARA TRADICIONAL CATALANA

La mayoría del material folclórico festivo que trataremos en este trabajo debería conocerse con el genéri-

co de *mascaras de fiesta* ¿porque en definitiva que otra cosa vienen a ser sino mascarar, tanto gigantes como cabezudos, como dragones y otros entremeses? Máscaras en una acepción más amplia de la que hoy

solemos dar al termino el cual reducimos a la máscara de rostro. Máscaras en un sentido más etnológico, mascarar o disfraces o ropajes rituales. En el *Diccionari Etimologic de la Llengua Catalana*, de Joan Corominas, se utilizan cuatro paginas para la descripción de «Máscara», y desde el principio se toma él termino como sinónimo de disfraz. Según Corominas, la palabra mascarar tanto se utilizaría, o habría utilizado, en el sentido de tiznarse el rostro (en catalán «mascarar-se»), especialmente con algo negro u oscuro, como en el sentido de «mascara», bruja en el norte de Italia y en la Provenza, o aun el de mascara = jugador, actor.

El personaje del cual nos proponemos tratar, el diablo de la fiesta, asume (en diversos lugares) algunas de las cualidades, o todas ellas, que

Corominas atribuye al vocablo mascarar. Para mejor entendimiento de nuestro propósito estableceremos una clasificación que nos ayude a tipificar las características señaladas que hemos creído poder apreciar en los «diablos» de la fiesta catalana en función de su rol en los diversos festejos. Tipificaciones que, a bien seguro, también podrían apreciarse en otras figuras o máscaras festivas de la península y aun en el continente europeo.

*El diablo «Esparriot»* (esta palabra es la correspondiente al termino castellano Botarga)

Jordi Bertran, en «El Ball de Diablos de Tarragona», nos proporciona una visión bien documentada sobre la teoría de un posible origen de la máscara-personaje que hoy conocemos como el «diablo de la fiesta», y que en un estadio anterior

estaría encuadrado en alguna comparsa de la procesión del Corpus Christi. Bertrán nos cuenta que el primer indicio sobre esta teoría lo obtuvo atendiendo a una conferencia de Joan Plana, miembro activo del grupo (la colla) de «diablos» de L'Arboç del Penedès. Este, entre otras noticias, aseguraba «haciéndose eco de la voz popular, que los diablos de esta «colla» del Arboç inicialmente eran bufones de la corte feudal que abrían paso al señor. Aunque aquella explicación del conferenciante, con toda seguridad, debió extraerse de algún texto mas o menos erudito, traspasado a la «memoria popular» —muy propensa a crear sus propios antecedentes, cuando no los hay—, lo cierto es que aquella idea contribuyó a encaminar el estudio de la figura del diablo de la fiesta.



Colla «Diablos» de Vilanova y la Geltru, años 1980.



Diablos de diversas poblaciones

Poco después la teoría empezó a tomar cuerpo en abundantes documentos sobre la figura del juglar, entre los cuales una obra de principios del XIV, *Libro de las Confesiones*, de Martín Pérez, reivindicado por el hispanista Ángel Gómez Moreno. En esta obra, capítulo 138, titulado «de los histriones [es decir, de los Esparriots], que tienen oficio malo, y que transforman su cuerpo en otras viles apariencias, dice: «...Así mismo hay otro ministril malo que la escritura llama histriones, y son de cuatro especies: los unos se transforman en otras apariencias, vistiendo caras y otros hábitos con apariencia de diablos y de bestias y desnudan sus cuerpos y los tiznan y dan saltos desmañados y gestos deshonestos y pueras juglerías y alteran el sentido de las palabras y a veces interpretan luchas y muertes y

otras calamidades. Y ellos hacen estas cosas pera dar placer a los hombres, y algunos pera ganarse el sustento. De esta manera suelen obrar los que hacen de caharrones (otra forma de llamar a los botargas) por villas y mercados».

Mas entrados en la obra de Jordi Bertran leeremos que «según la profesora alemana Margot Berthold, durante los siglos XI, XII y XIII, se extiende por Europa la figura del arlequín como sinónimo de diablo, coincidiendo ambas figuras incluso en algunos puntos de su indumentaria: roja, con caperuza adornada de cascabeles, muy propios, estos últimos, de la imaginaria festiva del diablo catalán medieval».

A renglón seguido el mismo autor nos describe una serie de mascarar-personajes de toda la península que estarían relacionadas con la

figura que hoy conocemos como el diablo de la fiesta. Estos serían los «Peliqueiros» de Laza, mascarar del carnaval de esta villa gallega; los diablos de Almonacid del Marquesado, en Cuenca; y nosotros podríamos añadir los «Perchten» de Salzburgo (Austria), las aragonesas «Trancas» del carnaval de Bielsa, y diversas máscaras hispánicas como el «Jarramplas», de Piornal (Cáceres); el Zangarrón, de Montamarta (Zamora); y el Colacho, de Castrillo de Murcia (Burgos); entre otros.

## DIABLOS DE SAN ANTÓN

El 17 de Enero, alrededor del día de san Antonio, se celebran una serie de festejos dedicados al santo en los cuales aparece otra figura del diablo. Estas representaciones, puesto



que esto de trata, actualmente viven recluidas dentro de las comarcas de els Ports —a caballo entre Aragón, el País Valenciano y Cataluña—, aunque antaño, y según Salvador Palomar, en *Els balls parlats a la Catalunya Nova*: «La representación de la vida de San Antonio podríamos encontrarla en un área geográfica mucho mayor, desde del Camp de Tarragona: a las comarcas del Ebro. La mayoría de estas representaciones reciben el apelativo de santantonades, interviniendo unas máscaras-personaje afines a la figura del «diable de la festa» catalán».

Uno de los estudiosos que primero supo emparentar estas máscaras-personaje de las santantonades con los diablos catalanes (y también de Mallorca) fue Xavier Fàbregas, que en 1976 estuvo allí con el fotógrafo Pau Barceló. Aunque ya anterior-

mente el incansable Joan Amades había visitado els Ports. Pero va a ser Fàbregas quien dé a conocer mas ampliamente esta relación de los personajes de la santantonada del Forcall con los diablos del Camp de Tarragona, del Penedès-Garraf, los de la Patum de Berga y los diablos de Mallorca.

Estas máscaras-diablo de els Ports están estrechamente ligadas con el anacoreta del desierto y perpetran su aparición festiva en el día del santo. La relación de los diablos con este santo es bien conocida por todos aquellos que poseen un mínimo de conocimiento sobre la vida de los santos, y como su hagiografía nos parece hartamente divulgada no nos pararemos en ella. «La Santantonada del Forcall» —dice Xavier Fàbregas— asemeja la cristalización de un culto anterior ofrecido a divinidades

de la fecundación del ganado y de las simientes del campo, si nos dejamos guiar por los símbolos que han subsistido en el ritual llegado hasta nosotros». Esta es la impresión que le causó al autor la fiesta del Forcall, y de esta manera la narra en *Cavallers, dracs i dimonis*. Es posible que estas apreciaciones estuviesen influidas por las particularidades geográfico-ambientales de la comarca del Forcall: cerca de esta pequeña población se eleva el santuario de la Mare de Déu de la Balma, lugar sobrado de sugerencias, donde, según es fama, hasta bien entrada la década de los cincuenta se llevaron a término estrafalarias ceremonias de exorcismos contra endemoniados.



Colla de «Diablers». Vilanova i la Geltrú. Años 1950.



Coll de diables

## DIABLOS DEL CAMP DE TARRAGONA, EL PENEDÈS Y EL GARRAF

Francesc P Bové, en «El Penedès», cuenta que la comparsa del ball de diables «estaba compuesta per dieciséis personajes: san Miguel, un ángel, Lucifer, la diablesa y doce diablos de diferente categoría, como: un alférez, un porrero, un licenciado, un borrón y dos timbaleiros. El vestuario consistía en: san Miguel y el ángel, con su vestuario propio; Lucifer con el mismo de los diablos y encima una gran capa; la diablesa igual que los diablos y con falda hasta el tobillo; los otros con una especie de mono de trabajo (...) con caperuza adornada con los correspondientes cuernos (...) y alpargatas rojas; todo el vestido pintado de llamas, reptiles y alimañas infernales; todos ellos provistos de

diferentes porras y horcas, de entre las cuales sobresale la de Lucifer porque es mayor que las otras, y en ella se colocan petardos...»

De esta descripción sumamente detallada quisiera resaltar el «vestido pintado de llamas, reptiles y alimañas infernales» y las «diferentes porras» con petardos», para relacionarlos con la descripción que Ramón Ajarque hace del diablo que aparece en la procesión de la Mare de Déu de la Balma, santuario que ya hemos señalado estar cerca del Forcall. Dicho diablo, según Ajarque, «se cubre la cabeza con un casco y las desnudas carnes del cuerpo con vestidos de rabiosos colores pintados con lagartos y otros reptiles(...) esgrimiendo en la mano derecha un inflamado dardo». Como, amén del paralelismo de las dos descripciones, hemos observado la imagen de los actuales diablos

del Forcall, advirtiendo que entre las dos se da una gran relación iconográfica, así que podríamos asegurar que entre ambas máscaras ha de haber sin duda un referente o nexo común.

Ahora bien, si es cierto que se da esta relación de imagen e iconográfica entre ambas figuras, también es evidente, que unas y otras hoy no participan de la misma fiesta dentro del calendario festivo mediterráneo. Así, mientras los diablos de els Ports participan –y casi se erigen en protagonistas– de la representación de San Antonio en Enero, los otros, los del Camp de Tarragona, el Penedès y el Garraf, en la actualidad no mantienen ninguna relación conocida con esta festividad.

Veamos en que celebraciones han ido a parar los diablos del Camp de Tarragona, el Penedès y el Garraf. En este territorio los diablos tienen

su día más importante durante «la Festa Major» (la fiesta patronal), donde amén de ejercer el servicio de despejar la calle, para que circule con comodidad «cercaviles» (pasacalles) y procesiones, representan un ball (una actuación). La característica principal de este ball es el recitado de unos versos de carácter burlesco. Actividad que los asemeja mas al carnaval que a otra de las fiestas del calendario. También, preteritamente, habían participado —junto con la misma función de despejar la calle— en la procesión del Corpus, donde representaban una danza mimada entre ángeles y diablos. «Pero a decir verdad parece que la principal función principal del ball de diablos de dichas comarcas haya sido desde hace mucho tiempo el recitado de versos, o el de representar un cuadro dramático por el estilo de los que ponían en escena algunas centurias atrás y de los que en el presente representan los títeres callejeros», como asegura Francesc P Bové. Este ball (el de diablos), según el mismo autor, ya se habría representado en «1602 con motivo de los festejos que en Vilafranca del Penedès se celebraron para conmemorar la canonización de san Ramon de Penyafort». O sea que, podemos advertir que, así como los diablos de los Ports están estrechamente relacionados con la hagiografía de san Antonio, los diablos de esta segunda área han sido utilizados como soporte escenográfico de una variada serie de motivos de celebración: conmemorar la canonización de un santo, canalizar la voz crítica, con burlas y por medio de una forma abiertamente asimilable al carnaval; representar luchas entre el bien y el mal, etc.

En esta su condición, los diablos del Camp de Tarragona, parecen estar mas relacionados con los «histriones que tienen oficio bellaco (...) vistiendo caras y otros hábitos con apariencia de diablos y bestias, y desnudan sus cuerpos y los tiznan y realizan saltos estrafalarios, gestos deshonestos y pueras juglerías y cambian el sentido de las pala-

bras...» como nos detalla en su *Libro de las confesiones* Martín Pérez, citado por Jordi Bertran, que no con los de els Ports, que sugirieron a Xavier Fàbregas «la cristalización de un culto anterior ofrecido a las divinidades de la fecundación del ganado, etc.» Tanto y más teniendo en cuenta que el mismo Francesc de P Bové nos da a conocer el concepto en que sé tenía a estas comparsas a finales del siglo XIX, en la propia Vilafranca. Cita Bové que, en un artículo aparecido en un periódico local en agosto de 1895, se comenta que con motivo de la conmemoración

—ya aludida— de la canonización de Ramon de Penyafort, el autor escribe que «salieron aquellas tres mamarrachadas (el dragón, los diablos y los gigantes) a divertir la villa».

Pero para su completo estudio no solo debemos basarnos en este cometido que hoy cumplen los diablos en el Camp de Tarragona y el Penedès-Garraf. Para situarlos en un contexto más correcto debemos tener en cuenta otro componente, anterior sin duda a la función que hoy cumplen en las comarcas del Camp de Tarragona, su propia labor escénica y los elementos iconográficos que les acompañan, tales como vestuario, uso del fuego, el espíritu y las licencias, mofa, algazaras, etc. Porque, si bien el primer cometido (la representación sobre el bien y el mal, etc.) les apartaría de los diablos de els Ports, el segundo (los elementos iconográficos y escenográficos) les aproxima de manera



El «diable» y el fuego que le rodea

evidente. Aparte que unos y otros son esencialmente los agentes (o actores, por lo tanto, juglares) de una dramatización directamente relacionada con principios sagrados (esenciales) de la fiesta: los santos y sus hagiografías, las luchas entre el bien y el mal, el escarnio liberador de leyes y convenciones sociales.

En definitiva, podríamos advertir que, aunque unas máscaras u otras, las de els Ports o del Camp de Tarragona, en principio puedan parecernos distintas figuras festivas porque las primeras están esencialmente relacionadas con el día de san Antonio y las segundas con la Festa Major y el Corpus, también es notorio la relación que existe entre ellas ya que, en realidad, no son mas que simples actores o juglares al servicio de una función didáctica: representar un cuadro dramático (la vida de un santo o la lucha entre el mal y el bien) a partir de un juego escénico antiquísimo (el de los juglares) que

interpretan unos actores-máscara que titulamos diablos y que escénicamente presentan grandes similitudes. A partir de esta obviedad, me parece tan creíble la tesis de las máscaras-juglar, como la de las máscaras-genio (o dioses familiares), porque estoy convencido que los juglares, no son otra cosa que los herederos (sin consciencia de ello) de hechiceros, brujos y otras «máscaras», que se consideraban voces de estos genios familiares protectores y curanderos. El ya citado Xavier Fàbregas opina, en un estudio sobre el aspecto teatral y parateatral de la fiesta, que «las ceremonias mágicas son ya un estadio muy avanzado del proceso de dramatización».

## LOS DIABLOS DE LA PATUM DE BERGA

En la fiesta de Patum, que se celebra durante el Corpus en la ciudad de Berga, participa otra especie de

diablo festivo: los denominados Maces (mazas) y los Plens (textualmente, llenos). Maces y Plens participan en la fiesta junto a otros elementos de comparsa festiva: gigantes y animales fabulosos: la Mula Guita, el Águila, danzas de turcos y caballitos, cabezudos, etc. En la Patum los diablos tienen un tiempo reservado para su actuación en la plaza, separado de los demás elementos. Las Maces representan, como algunas colles de diablos del Penedès-Garraf, un elemental auto de lucha entre el bien y el mal en el cual tiene su lugar san Miguel. Los Plens son personajes cubiertos de hierba fresca por todo el cuerpo, incluso el rostro, y armados, en la cima de su cabeza, con enormes fuets (cohetes). Como los plens no pueden ver, ni casi oír, por no permitírseles el revestido de hierba verde, cada uno de ellos debe ser llevado por sus compañeros —que antes han ejercido de ayuda de cámara revisándole de verdor y colocándole los

cohetes. Protegidos con su coraza de hierba son llevados al centro de la plaza, llena a rebosar de jóvenes dispuestos a soportar un espectacular bautismo de fuego. Una vez en la plaza suena la música y se le encienden los cohetes al Plen, y así acompañándole, todos los participantes se ponen en marcha moviéndose en el sentido de las agujas de un reloj, en una danza primitiva y enervante.

Para cerrar el artículo —que no agota el tema— quisiéramos hacer observar que sin duda debe existir alguna relación —que se expresa por sus funciones en la fiesta, por sus roles—, que una estos diablos festivos, con otras figuras festivas actuales: cabezudos, botargas y otros mil nombres de inventiva local, que a la vez habrían heredado el oficio (la maestría, la función, ya que no la profesionalidad) de los antiguos juglares, bufones y otros mil personajes del teatro callejero popular.